



ONU: EL SECRETARIO GENERAL, COMO SUMO SACERDOTE

KURT Waldheim, austriaco de la más fina y tradicional diplomacia europea, suavemente conservador, y U Thant, lento y pausado, dramático y estoico oriental, ¿qué tenían en común para que Nixon les haya fundido en una sola diatriba? Son, dice, «ingenuos». Ingenuo, en nuestro tiempo político, viene a ser un sinónimo de «tonto útil». Ingenuo suele ser el que se sitúa por encima de algunos intereses propios, algunas líneas de combate, y busca las realidades y trata de analizar. U Thant y Kurt Waldheim han sido dos tipos de secretario general de la ONU muy parecidos —hasta ahora— en el sentido de que son moralistas y éticos. Cabe preguntarse si el cargo permite, hoy, otra cosa. Hace unos años, un escritor que estudió las Naciones Unidas (Conor Cruise O'Brien, «The United Nations: sacred drama»), comparaba el puesto de secretario general al del Papa: un hombre dotado de un alto prestigio espiritual, de un juicio elevado, que no puede tener autoridad ejecutiva ni temporal en un mundo donde prevalece la fuerza. Si el papado sabe convertir ese poder espiritual en fuerza temporal («los cañones del Papa», como se decía), la fuerza posible de un secretario general está igualmente en convertir ese prestigio moral en una fuerza internacional, y conseguir que, con ello, se eviten las guerras.

Los intentos de la ONU de tener una fuerza militar real (Corea, Congo, Oriente árabe), fracasaron y contribuyeron más al desprestigio de la ONU. ¿Puede decirse lo mismo de la fuerza moral de U Thant? La idea de que «no ha conseguido nada» está muy arraigada, y él contribuyó naturalmente a ella con sus insistentes intentos de dimisión en

vista de que nadie le hacía caso. Cabe preguntarse si el mundo sería igual si U Thant no hubiese existido. Y sin su pesimismo continuo, sin su aire perpetuo de mártir doliente, de sacrificado, de crucificado por la idea de la paz mundial. Ha sido una figura simbólica. No parece que cuadre aquella personalidad con la del austriaco Waldheim, pero las invectivas de Nixon comienzan ya en la línea o en el estilo que podía comenzar con la muerte de Hammarskjöld en el Congo, cuando se decidió a tomar parte física y personal en las operaciones de paz; operaciones que en sí pudieron ser un fracaso, pero que desde el punto de vista de auto sacramental laico de la ONU, suministró la escena ideal de la muerte del apaciguador.

El secretario general, como sumo sacerdote. Los ciudadanos del mundo, como fieles; los poderes alcanzados por el dictamen moral —¿qué país no ha atacado alguna vez a la ONU, al secretario general?—, como fariseos. ¿Es éste todo el alcance de la ONU en nuestros días, más de un cuarto de siglo después de su fundación? No parece que sea más. Pero, bien manejado por personajes por encima de toda sospecha, puede ser bastante más de lo que parece. ■ H.

PAUL HENRI SPAAK: RETRATO POSTUMO

EXTRANO personaje este Paul Henri Spaak, que acaba de morir: en una trayectoria políti-

ca de algo más de cuarenta años pasó de la extrema izquierda obrerista y revolucionaria al cargo de presidente en Europa de la ITT, la poderosa empresa de los Estados Unidos que es una avanzada militante y actuante del capitalismo mundial (recuérdese su reciente intervención para derribar el Gobierno de Allende, en Chile): todo ello sin salir nunca del partido socialista belga, que él contribuyó a fundar a partir del «partido obrero» en que militó en juventud.

Spaak nació rico. Su padre era un dramaturgo famoso —alguna de sus obras se ha visto en España—, su madre era diputado de izquierdas. Fue prisionero de los alemanes en la primera guerra mundial, cuando tenía diecisiete años —nacido en 1899— y en el campo entró en contacto con el pueblo. Parece que aquella experiencia fue la que le convirtió en extremista de la izquierda, a la que defendió desde que se hizo abogado y militante del partido obrero, luego socialista. Ascendió rápidamente los peldaños de la política: concejal, diputado, ministro en 1935, jefe del Gobierno en 1936 y, como tal, hizo que Bélgica fuese uno de los primeros países de la línea democrática europea en reconocer el Gobierno creado por Franco; y cuando llegó la guerra mundial, mantuvo la neutralidad de Bélgica, que se hizo imposible por la invasión alemana; se fue al exilio y, desde él, fundó un Gobierno belga de resistencia.

Spaak, que había conquistado sus primeros puestos políticos desde el ala izquierda del partido, atacando la «potencia del dinero», luchando en el interior del partido socialista contra «la tendencia al aburguesamiento» (aun-

que ya en esa época, Trotsky le había considerado como un oportunista), creó una nueva doctrina de derechas: el «socialismo integrado al capitalismo»: el capitalismo es inevitable y está firmemente establecido, y el socialismo debe actuar dentro de él como un poder moderador que lo complementa y lo racionalice. Era, no lo olvidemos, el tiempo de la guerra fría, y Spaak fue en ella uno de los más ardientes guerreros. Como tal, fue secretario general de la OTAN: luchó siempre por dotar a la organización militar atlántica de la máxima fuerza y por mantenerla estrechamente ligada a los Estados Unidos. Su defensa de Europa de los Estados Unidos fue siempre encarnizada, tanto en la OTAN como en las diversas organizaciones europeas que Spaak contribuyó a formar; la presidencia de la ITT ha sido una magnífica recompensa.

Pero el concepto de Europa de Spaak difería notablemente del de otros europeístas, especialmente del de De Gaulle. Fueron enemigos. Spaak buscó su alianza en otro guerrero frío, Adenauer. Pero Adenauer y Spaak vinieron a caer con el fin de la guerra fría: ya no eran necesarios a la Europa militante. Spaak vio debilitarse la OTAN, y renunció a su cargo de secretario general en 1961 (había sido nombrado en 1957); volvió a ser ministro de Asuntos Exteriores belga en 1964, pero cayó su Gobierno en 1966 y Spaak se retiró definitivamente de la política, aunque seguía teniendo gran influencia en su país y en la política europea. De todas maneras, la imagen de la Europa que hoy se busca es muy distinta de la que preconizó Spaak ■ J. A.

TRAFICO DE SANGRE

EL irlandés Bram Stoker no pensó nunca, mientras en 1897 escribía su novela Drácula, que el vampirismo del conde transilvano se convertiría, siete décadas después, en lucrativo negocio para dos compañías norteamericanas radicadas en el Caribe y Centroamérica.

La Hemo Caribbean, en Haití, y el Centro de Exportación de Sangre (CEDESA), en Guatemala, Costa Rica, Honduras, Nicaragua y El Salvador, extraen, en cada uno de estos países, un promedio de 4.000 litros de sangre diarios, que equivalen, en total, a cerca de siete millones de litros anuales.

Los países industrializados, y en especial Estados Unidos y Suiza, absorben las exportaciones de sangre humana fraccionada en gamma

